



Collage digital: Susana Veloz. Recámara, de la serie "Miss Paper Doll", 8 x 10", 2010.

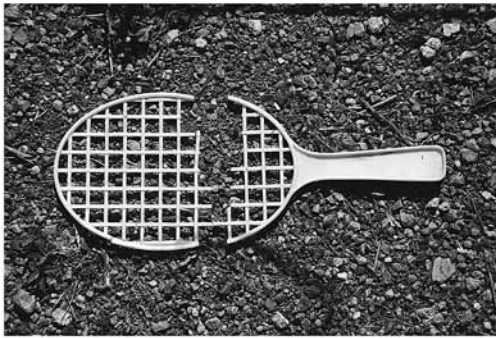
La vida emocional de los objetos

Rafael Toriz

Al alba, un escalofrío recorre los objetos
—Octavio Paz

A mi padre

TODO LO QUE EXISTE EN EL UNIVERSO, sin excepción, guarda una correspondencia con todas y cada una de las partes que lo componen, en una suerte de partitura invisible. No tanto un orden predeterminado como un código secreto (“Arde en las cosas un terror antiguo, un profundo y / secreto soplo”, escribiría Enrique Molina en *Las cosas y el delirio*, con esclarecedora potencia). De alguna manera imprecisa las cosas que nos rodean instauran vínculos y asociaciones no sólo entre ellas; orbitan también como satélites el campo magnético que las orchestra: el hombre, ese surtidor de símbolos, ese constructor de objetos. Creo sensiblemente que la tarea de una filosofía del porvenir, como de alguna manera atisbara Walter Benjamin, deberá ocuparse de descifrar ese lenguaje alegórico, contradictorio, publicitario e industrial que despliegan los objetos. Ahora, cuando todo envejece de prisa o nace directamente como ruina (aunque el cínico evangelio de los publicistas se empeñe en sostener lo contrario), es indispensable atender esos mensajes que funcionan como dispositivos comunicativos, testimonian el ADN cultural de las sociedades y explican con elocuencia rasgos esenciales de nosotros mismos: vivimos atravesados por los símbolos que despliega el universo material.



Fotografía digital: Susana Veloz, Serie Toys I us, 8 x 10", 2010.

Nada revela los gestos de una cultura con tanta hondura como los objetos, sus dinámicas y sus misterios. Todas las cosas del mundo, ya sea como intuiciones, proyecciones o falsificaciones, se encuentran siempre susurrando.

De parte de las cosas

“Nunca poseímos tantas cosas como hoy, a pesar de que las utilizamos menos”. Con una frase demoledora De-yan Sudjic, el director del Design Museum de Londres, comienza su apasionante ensayo *El lenguaje de las cosas*, un acercamiento fantástico a los distintos códigos que plantean los objetos y su lugar en la realidad.

Tomando como guías las reflexiones estéticas en el tono de *Mitologías*, de Roland Barthes, y la acidez crítica de *Modos de ver*, de John Berger, con una prosa irónica y lúcida, Sudjic, a través de un vasto conocimiento del mundo del diseño, disecciona la manera en que nos relacionamos con las cosas, explorando sus lenguajes, su simbología y sus historias. A diferencia de otras obras hechas por y para diseñadores, en donde el cretinismo suele campear haciendo de sus libros y las

reflexiones pasto para esnobs, el texto de Sudjic, además de seductor (como objeto), analiza la creación y la disposición de las cosas en tanto manifestaciones físicas de la cultura de masas, concibiendo el diseño industrial no sólo como factor de cambio social sino como las huellas digitales del complejo entramado que somos. “Nuestra relación con nuestras posesiones nunca es directa. Es una mezcla compleja de ciencia e inocencia. Los objetos están lejos de ser tan inocentes como sugirió Berger, y es eso lo que los torna interesantes de más como para ser ignorados”. Sin afanes metafísicos, la interesantísima propuesta de Sudjic radica en desentrañar los distintos códigos (lujo, moda, arte) a través de los cuales los objetos llegan a constituirse como arquetipos de la cultura —piénsese en lámparas, autos, mesas, teléfonos— e incluso, como han sospechado los poetas, estableciendo su propio lenguaje.

La historia del diseño afecta y moldea la psique del ser humano.¹ Cosas tan aparentemente anodinas como una silla, una caja de cigarros o una botella de Coca-Cola nos recuerdan que tras la materialidad de lo que vemos y palpamos existen no sólo sindicatos de desconocidos en afanosos empeños,² sino ideas, patrones y gestos que han enriquecido o depreciado la historia de la humanidad.

Un caso interesante es el del modista alemán Hugo Boss, quien durante la Segunda Guerra Mundial diseñó para los nazis los uniformes del escuadrón de

¹ Basta pensar en el impacto del Volkswagen sedán —el *vocho*— en la cultura mexicana, verdadero arquetipo nacional.

² “Creo que los coches hoy en día son casi el equivalente exacto a las grandes catedrales góticas: quiero decir, la creación suprema de una era, concebida con pasión por artistas anónimos, y consumida en imagen y en uso por la totalidad de la población que se la apropia como un objeto puramente mágico”, diría Roland Barthes en un texto célebre.



Fotografía digital: Susana Veloz, de la serie "Privación sensorial", 8 x 10", 2008.
Izquierda: *Destrucción*. Derecha: *Inercia*.

defensa (SS) y de las juventudes hitlerianas, un detalle aparentemente inocuo —la confección de un vestido— que revela, con toda seguridad, un temperamento y un estado de cosas. Otl Aicher, uno de los mayores tipógrafos del siglo xx, sostenía que una de las maneras para explicarse el fascismo de su cultura era la pasión del pueblo alemán por las mayúsculas.

Otro aspecto profundo y desquiciante es el poder evocatorio de los objetos, el mundo de símbolos y significados que despliegan con su mera presencia. Un vaso, un juguete o una camisa, como si de fantasmas se tratara, personifican las ausencias, de ahí que sea tan difícil entenderse con las pertenencias de los muertos. En *La invención de la soledad*, uno de los mejores libros de Paul Auster, se lee lo siguiente: "No hay nada tan terrible como tener que enfrentarse a las pertenencias de un hombre muerto. Los objetos son inertes y sólo tienen significado en función de la vida que los emplea. Cuando esa vida se termina, las cosas cambian, aunque permanezcan iguales. Están allí y no están allí, como fantasmas tangibles, condenados a sobrevivir en un mundo en el que ya no pertenecen".

Y es que los objetos, como nosotros, llevan inscrita la muerte. Como las ruinas y las reliquias, testimonian al tiempo que nos consume, enterrándonos en vida, como les pasa a esos viejos que deambulan por las calles almacenando todo tipo de artefactos que a otros ojos no son sino cacharros y herrumbre. Dice Sudjic al respecto del coleccionismo: "coleccionar es en sí un fetiche muy particular que tal vez pueda ser mejor comprendido como una tentativa de hacer al tiempo volver. Puede ser también una tentativa de desafiar la amenaza de la mortalidad. Coleccionar una serie de objetos es, por lo menos un momento, imponer un sentido de orden en

un universo que no tiene ninguno". Creo que el acto de coleccionar desea abrir un tiempo al margen del tiempo, vano paréntesis que intenta suspender la constancia de la muerte puesto que nada está hecho para durar y eso es la permanencia. Dice el autor, de nuevo:

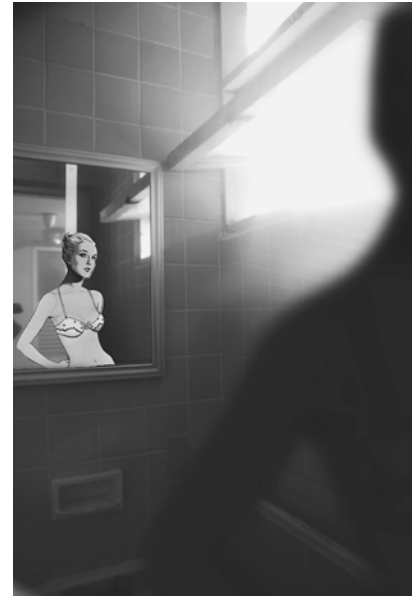
La idea de que las cosas que poseemos reflejen el paso del tiempo no es un concepto nuevo. Las marcas de vida acrecientan la autoridad de un objeto, como aquellas Nikon negras que los fotógrafos de guerra de la era de Vietnam cargaban por los campos de exterminio del sudeste asiático [...] Esos eran objetos a ser tratados con cierto respeto, producto de artesanos [...] Se trataba de objetos que reflejaban su inteligencia y su valor con su pura presencia física.

Y es que en el presente, inundado de objetos ociosos e inútiles, el mercado ha confundido los bienes de consumo (pasta dental, comida) con los bienes de uso (mingitorio, lavarropas) con intenciones puramente comerciales. Hace algunos años las relaciones con los objetos comportaban un proceso de identificación muy estrecho con el sujeto. Un reloj, un pañuelo o una máquina de escribir podrían heredarse, lo que confería a las cosas cierto remanente ontológico de la persona que las había poseído. Ahora que casi todo se fabrica para tirarse, se apuesta al diseño (cosa que ha hecho mefistofélicamente la gente de Apple) para ofrecer algunas innovaciones que, bien miradas, no lo son tanto. Si en la actualidad contamos con objetos ambiguos como los teléfonos celulares, es decir, un aparato que conjunta con mayor o menor fortuna objetos precisos como una cámara fotográfica, una radio y una agenda, ello refleja que la condición material y simbólica de las cosas está mudando, empobreciéndose. La premisa

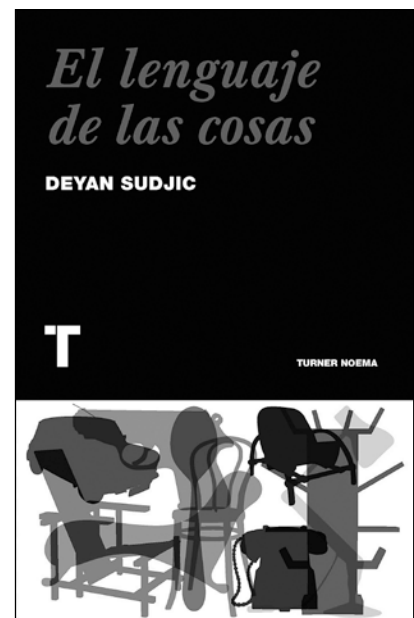
del consumo desaforado de nuestros días liquida el tiempo necesario para establecer una relación con el objeto, porque de lo contrario es posible conservarlo y conocerlo. Incluso amarlo.

Nuestra cultura, desde hace tiempo, construye con ahínco las ruinas del presente.

Francis Ponge, uno de los poetas más notables del siglo pasado, pergeñó una poética —que algunos empatan no sin razón con la fenomenología— que nos obligó a mirar a los objetos en su especificidad, a escucharlos en sus propios términos. Al decir que los poetas son los embajadores del mundo mudo le otorgó a la poesía la capacidad privilegiada de encantar la Tierra, develando a la vez el hecho de que ningún objeto existe en el vacío, sino que forma parte de las variadas interacciones de la cultura, en una extraña coreografía de símbolos. “Las descripciones de Ponge comienzan en ese supuesto momento en que, estando el mundo cumplido, concluida la historia, vuelta casi humana la naturaleza, la palabra viene al encuentro de la cosa, y la cosa aprende a hablar”, dijo Maurice Blanchot. Y tiene razón. Nada en el mundo es tan elocuente sobre nuestros afanes y tristezas como los objetos que poseímos, perdimos o abandonamos. De ahí las palabras del poeta, que clausuran: “la presencia de los objetos, su evidencia concreta, su espesor, sus tres dimensiones, su lado palpable, indudable, su existencia de la que estoy más seguro que de la mía, todo eso es mi única razón de ser, mi pretexto propiamente dicho; y la variedad de las cosas es en realidad lo que me construye”. **▲▲**



Collage digital: Susana Veloz, *Baño*, de la serie “Miss Paper Doll”, 8 x 10”, 2010.



Deyan Sudjic
El lenguaje de las cosas
 Madrid, Turner
 2009, 200 pp.